

LA EMPRESA FAMILIAR*

Anatomy of Britain [Anatomía de Gran Bretaña], de Anthony Sampson, predecía en 1962 que el mandato de Macmillan, entonces en su sexto año, «pasaría a la historia como un curioso desvío en la evolución social de Reino Unido». El aspecto eduardiano y el entorno aristocrático del primer ministro se estaban volviendo «más obviamente anacrónicos». En lo que a estrategia nacional se refiere, sin embargo, este gobierno posterior a Suez estableció la pauta para la mayoría de los gobiernos futuros: la decadencia relativa de Reino Unido, sólo parcialmente oculta por un embriagador auge del consumo y una subordinación entusiasta a Washington. La fama de Macmillan dentro de las filas *tories* se resintió en el transcurso de un largo retiro –vivió hasta bien entrado el periodo de Thatcher– en parte debido a la creciente desconfianza hacia su perfil keynesiano (si bien ambiguo), y como reacción a que les impusiera al inelegido e inelegible decimocuarto conde de Home como sustituto suyo en 1963. No obstante, Peregrine Worsthorne, veterano de la derecha conservadora, escribe en *Spectator* que la nueva biografía de Richard Thorpe «exonera de manera concluyente a Macmillan de todas las acusaciones que se habían presentado contra él». Para una trayectoria política que abarcó, entre otras cosas, la reacción colonial en Chipre, Kenia, África Central y Malasia, la debacle de Suez, el accidente de Windscale, el escándalo Profumo, y el humillante veto impuesto por De Gaulle a la entrada de Reino Unido en la CEE, esta constituye claramente una impresionante hazaña de exculpación.

Thorpe tiene antecedentes, además. Nacido en 1943 y educado en Fettes College, un colegio privado de Edimburgo, durante muchos años enseñó historia en Charterhouse, también un colegio privado menor de Surrey. En 1980 publicó *The Uncrowned Prime Ministers*, un tríptico biográfico sobre fracasados candidatos conservadores a primer ministro: Austen Chamberlain, lord Curzon y Richard «Rab» Butler. Desde entonces ha producido retratos individuales de importantes *tories* de la generación de Butler –cada uno con una generosa aplicación de blanqueador– empezando en 1989 por la vida de un exalumno de Fettes, Selwyn Lloyd, secretario de Exteriores

* D. R. Thorpe, *Supermac: The Life of Harold Macmillan*, Londres, Chatto and Windus, 2010, 896 pp.

con Eden y Macmillan. En octubre de 1956, Lloyd se reunió en secreto con David Ben-Gurion y Guy Mollet en Sèvres, a las afueras de París, para tramar la invasión de Egipto. «Venía de un medio [provinciano, metodista] de personas honradas y sinceras», sostiene Thorpe, seguramente con fabricada ingenuidad. «Por lo tanto, cuando se vio enredado en un mundo de gente que mentía y sacaba la navaja, se encontró en terreno desconocido. Nadie más inadecuado que Selwyn para acudir a Sèvres». A mediados de la década de 1990, Thorpe se fijó en Alec Douglas-Home, el otrora aristócrata que guio a los conservadores a la derrota electoral en 1964. Thorpe cree que las acusaciones de diletantismo están equivocadas: Home llevó el «celo reformador» a Whitehall. En 2003 siguió *Eden*, la apología que Thorpe dedica al principal arquitecto británico de la aventura de Suez. Fue la segunda operación de salvamento encargada por la viuda de Eden. Thorpe encuentra circunstancias atenuantes para el impulso de Eden de derrocar a Nasser, sin abordar directamente su ilegalidad ni la completa locura estratégica: «En cierto sentido, Eden fue más objeto de una conspiración que conspirador. Su creencia en que los detalles [del protocolo de Sèvres] podrían mantenerse en secreto a perpetuidad era irrealista. Este fue su error de juicio, no las negociaciones en sí».

¿Y qué decir entonces de Macmillan? Director de empresa casado con una aristócrata, pertenece al cuarteto de conservadores de clase alta que ejercieron de primeros ministros en la posguerra –Churchill, nieto de duque; Eden, hijo menor de un mero baronet; Home, en otro tiempo patricio– y que asumieron las riendas después de que el mal manejo de la Depresión y el fascismo continental por parte de Chamberlain hubiese oscurecido las pretensiones de liderazgo de los industriales conservadores. En opinión de Thorpe, el principal logro de Macmillan como líder fue el de librar a los conservadores del fantasma de Baldwin, «al ganar unas elecciones generales apoyándose en la prosperidad económica». Esta es una evaluación mucho más positiva que el veredicto preliminar de Emrys Hughes, parlamentario laborista y biógrafo de Keir Hardie, en 1962, y que el de Anthony Sampson en una retrospectiva de 1967, pues ambos yuxtapusieron el rebelde de preguerra con el primer ministro cada vez más conservador. Macmillan no estaba «preparado para aceptar los nuevos problemas que surgieron en la década de 1960», sostenía Sampson. Los estudios posteriores, en general, tenían menos, no más, carga crítica contra la era Macmillan, por razones obvias: George Hutchinson (*The Last Edwardian at No. 10* [1980]) fue encargado de prensa con Macmillan; Nigel Fisher (*Harold Macmillan* [1982]) hizo la sorprendente afirmación de que se volvió conservador después de leer *The Middle Way*. La vida oficial en dos volúmenes escrita por el especialista en Macmillan e historiador militar Alistair Horne, editada en 1988, es menos evasiva que *Supermac*, pero a su manera también es admirativa. El aristócrata laborista Charles Williams, emparentado por matrimonio con la familia de Rab Butler, publicó otra biografía en 2009. Williams partió de la premisa poco convincente, presumiblemente basada en cierta postura de Cameron antes de las elecciones, de que el Partido Conservador estaba «volviéndole la espalda» al thatcherismo y «adoptando buena parte de lo que Macmillan representaba».

Thorpe despacha el amplio estudio de Horne con la observación engañosamente simple de que «las cosas avanzan, hay más material de archivo disponible, y la perspectiva histórica cambia». Por supuesto que Horne carecía de acceso a documentos estatales retenidos por la Norma de los Treinta Años —excepto un número considerable sisado por Macmillan—, pero Richard Lamb ya había llenado esos vacíos con un estudio en gran medida favorable titulado *The Macmillan Years* (1995). Lo que distingue de hecho a *Supermac* es su relativa falta de interés por la personalidad, en comparación con otros biógrafos de Macmillan —muy preocupados por su escenificación, todavía fresca en la memoria— o con Horne, que evidentemente se dejó seducir por su personaje en las entrevistas efectuadas para preparar la biografía autorizada. Thorpe tiene libertad para asumir un punto de vista más amplio sobre «el primer ministro que presidió la transición británica de la austeridad a la riqueza», como él dice. Cualquier temor que pueda sentir, tras el hundimiento del crédito, por la utopía consumista de Macmillan, es transformado cuidadosamente en nostalgia por Thorpe.

Macmillan reprimió de diversas maneras la trayectoria política de tres de los anteriores temas de Thorpe: Eden, Lloyd y Butler. En *Supermac*, Thorpe resume de nuevo la opinión de Eden sobre su «vulgar» colega, «en el fondo poco digno de confianza». Pero fiel a su sello, declina personalmente la oportunidad de «ahondar en la herida». *Supermac* comienza con el apogeo de Macmillan en octubre de 1959, cuando sus únicas elecciones generales como líder proporcionaron —como la victoria de Thatcher en 1987— la tercera victoria consecutiva de los conservadores, amplia prueba del predominio del partido en la Guerra Fría. Macmillan aumentó su mayoría en los Comunes a 100, ayudado por el crecimiento económico y la mediocre campaña de Gaitskell. Ninguno de los recientes líderes conservadores, incluido el actual, han conseguido igualar estos resultados electorales.

Thorpe elogia al clan de los Macmillan calificándolos de «Forsytes de la vida real», una imagen muy poco atractiva. El abuelo paterno y el tío abuelo de Harold fundaron la editorial familiar en 1843, el mismo año de creación de Routledge. Para cuando Harold nació, en 1894, la familia estaba bien introducida en la clase media alta metropolitana de finales del periodo victoriano, con casa en la próspera Cadogan Estate de Chelsea. En 1906, adquirieron una mansión rural en Birch Grove, Sussex. Como Churchill, Macmillan era de madre americana, y esta lo sacó antes de tiempo de Eton, en 1909 —Thorpe supone que «Nellie se olía que era una víctima potencial de muchachos depredadores de más edad»— y después despidió a su tutor privado, el teólogo Ronald Knox, por quien Macmillan se sentía cautivado, cuando el joven empezó a inclinarse hacia el catolicismo. Macmillan tuvo un comienzo prometedor en Oxford, pero dejó la carrera a la mitad para presentarse voluntario al servicio militar en 1914. Nunca retomó los estudios. De alguna manera la madre le consiguió una capitania en los Guardias Granaderos, y fue herido en Loos y en el Somme. Thorpe afirma que Macmillan «desarrolló una empatía por quienes sufrían con él», pero señala en un capítulo posterior que Eden «sentía náuseas

cuando Macmillan recordaba el Somme». La experiencia de las trincheras quizá contribuyese al colapso nervioso de 1931, precipitado por la aventura de su esposa con otro parlamentario conservador. Thorpe sugiere que la guerra también influyó en su posterior oposición a la política de apaciguamiento. Alistair Horne era más explícito respecto a la duradera «desconfianza y aversión [de Macmillan] hacia los alemanes».

Es bien sabido que Macmillan, el falso patriarca noble, adaptó su estilo de primer ministro a los modos de su aristocrática familia política. Tras el armisticio, la madre lo envió a Canadá como ayudante de campo del gobernador general, el noveno duque de Devonshire. Era amiga de la madre del duque. «Macmillan veía la aristocracia de primera mano, aprendiendo sus costumbres y embebiéndose de su medio», observa Thorpe. En 1920, se casó con una de las hijas del duque, Dorothy, nieta por parte de madre del quinto marqués de Lansdowne, secretario de Exteriores de Balfour y virrey de India. De golpe, tenía conexiones familiares con 16 parlamentarios. Thorpe comenta que «Macmillan se casaba con la línea púrpura de la influencia política». Aunque sus mecenas no le ayudaron en los lentos comienzos como parlamentario, una vez convertido en primer ministro Macmillan se convirtió en benefactor. Nombró al octavo marqués de Lansdowne y al undécimo duque de Devonshire ministros del Foreign Office y de la Oficina de Relaciones con la Commonwealth, respectivamente; a su yerno Julian Amery, subsecretario de la Oficina Colonial y más tarde ministro del Aire; a Ormsby-Gore, cuñado de su hijo, embajador en Washington. «El lado trollopeano del carácter de Macmillan parecía imponerse», comentó Sampson. Ormsby-Gore era amigo íntimo de Robert Kennedy, porque a instancias de su padre, Joe, los Kennedy habían fraternizado con los Devonshire en Londres antes de la Segunda Guerra Mundial. Una de las hijas de Joe se casó con el sobrino de lady Dorothy en 1944. Thorpe no tiene mucho que decir acerca de esta maraña de relaciones familiares, excepto que la nepotista reordenación ministerial de Macmillan en 1960 «no fue bien recibida».

Desde su base parlamentaria en Stockton-on-Tees, una circunscripción obrera en otro tiempo baluarte liberal, Macmillan se convirtió en adalid conservador del planeamiento económico capitalista en los años de entreguerras. La Asociación Conservadora local lo invitó a presentarse «porque estaba en posición de fortalecer sus fallidas finanzas». Perdió por muy poco en 1923, pero en la victoria abrumadora de Baldwin en 1924 consiguió la mayoría por más de 3.000 votos, mientras el candidato liberal, que defendía el escaño, se hundía al tercer puesto, después del laborista. La fuerte decadencia de las viejas industrias pesadas de Teesside animó a Macmillan, cuyo escaño nunca estuvo seguro, a desafiar la ortodoxia predominante y pedir mayor intervención estatal. No todos los parlamentarios conservadores que representaban una circunscripción industrial siguieron su ejemplo: algunos como el magnate de la cerveza John Gretton, representante por Burton-on-Trent y conservador acérrimo, se situaron políticamente a cierta distancia de los jóvenes progresistas llegados tras la

guerra, apodados YMCA (por Young Men's Christian Association, la Asociación Cristiana de Jóvenes). Pero Thorpe reconoce que los problemas de la decadente Stockton habrían supuesto «un reto para cualquier parlamentario de cualquier partido». La inmersión temprana en las obras de Keynes, de cuya publicación se benefició Macmillan & Co, reforzó la lógica política de su posición electoral. Por supuesto Macmillan recurrió a la edición. Su árido texto de ideas clave titulado *The Middle Way* (1938) anticipa el interés que sintió tras la guerra por la prosperidad del consumidor cuando insta a los *tories* progresistas a «robar a los movimientos revolucionarios su significado, y su justificación aparente, eliminando la desesperación social, que es la única de la que pueden nutrirse». Recomienda que la distribución de los alimentos básicos se realice de forma nacionalizada o cooperativa, pero defiende los privilegios del capital «fuera del alcance de las necesidades humanas mínimas». Tras perder el escaño en el gran ascenso del Partido Laborista en 1929, volvió al parlamento a la sombra del gobierno de unidad nacional en 1931. Siempre que perdía el cargo, Macmillan jugaba con planes para organizar nuevas alineaciones de partidos y bloques antisocialistas, pero nunca se acercaba a sus oponentes. Con toda la pomposidad de un Devonshire o un Lansdowne, decía que los líderes laboristas eran «muy incompetentes para gobernar un imperio».

Miembro menor de las facciones probélicas de Churchill y Eden, Macmillan entró finalmente en el gobierno, invitado por el primero, en mayo de 1940. Trabajó en el ministerio de Suministros y en la Oficina Colonial. En 1942, Churchill lo envió al Cuartel General de las Fuerzas Aliadas de Eisenhower en Argel, a «engrasar las ruedas de la relación angloamericana», explica Thorpe. Macmillan «cautivó a los estadounidenses [...] asegurándose de que sintieran que estaban al mando y de que las mejores ideas se les ocurrían realmente a ellos». Habló de dirigir el Cuartel General de las Fuerzas Aliadas «como los griegos dirigían las operaciones del emperador Claudio». Suena como el comienzo, por parte británica, de un autoengaño muy duradero. *Supermac* intenta conservar la coherencia en medio de las reorganizaciones militares y los múltiples dramas nacionales del escenario mediterráneo durante la guerra. Thorpe señala que «con la invasión de Sicilia [...] y la eventual rendición de Italia», Macmillan «se convirtió en una figura ejecutiva de verdadera importancia». Se trasladó con el cuartel general a Caserta y, con miras en las configuraciones en el sur de Europa tras la guerra, dirigió las intrigas británicas contra los partisanos griegos, italianos y yugoslavos que luchaban contra la ocupación nazi.

En octubre de 1944, Churchill intercambió la preponderancia soviética en Rumanía por la carta blanca en Grecia, donde la intervención militar británica tras la retirada alemana cambió drásticamente el equilibrio de fuerzas de la izquierda a la derecha. Macmillan escoltó bajo protección militar a Georgios Papandreu, jefe del gobierno griego en el exilio protegido por los británicos y anticomunista acérrimo, hasta la recién liberada Atenas. Thorpe admite que tenía poco apoyo nacional. Por contraste, el Frente de Liberación Nacional (EAM) liderado por los comunistas y su brazo armado

(ELAS) disfrutaban de un respaldo masivo, pero la EAM recibió sólo una posición secundaria en el nuevo gobierno, del que se retiró a comienzos de diciembre. Thorpe nos cuenta que durante los feroces enfrentamientos callejeros en la capital entre los británicos y unidades de la ELAS, Macmillan se refugió en la embajada y «pensó en el general Gordon sitiado en Jartum». Churchill y Eden llegaron el día de Navidad para observar en persona el progreso de la contrarrevolución. Thorpe elogia a Macmillan por convencer a sus superiores de posponer el retorno de un rey que había apoyado la dictadura fascista de Metaxas. Pero no analiza la guerra civil que siguió finalmente a la llegada de Jorge II al país en septiembre de 1946, ni la desfiguración provocada a largo plazo en la sociedad griega por la imposición británica de un régimen autoritario que dependió desde 1947 de la ayuda militar estadounidense.

El análisis de Thorpe sobre Italia, base de Macmillan en las últimas fases de la guerra, es extremadamente desordenado. Se convirtió en jefe de la Comisión Aliada –antes la Comisión de Control, la creciente burocracia angloestadounidense encargada del esquelético gobierno italiano– en noviembre de 1944, pero a menudo su aportación es difícil de discernir. Thorpe escribe, en el lenguaje propio de la Guerra Fría, que británicos y estadounidenses temían que la declaración de apoyo de Togliatti al mariscal Badoglio «presagiase la subversión del gobierno democrático desde dentro». Omite mencionar que estaban completamente equivocados. En diciembre, mientras las tropas británicas sometían a los griegos, el Comité Nacional para la Liberación de la Alta Italia (CLNAI) firmaba protocolos en Roma formalizando su subordinación a los Aliados y al gobierno reconstituido de Ivanoe Bonomi. Aunque los partisanos soportaron un terrible invierno de represalias fascistas, Macmillan siguió contemplándolos con frialdad. «Si no tenemos mucho cuidado», anotaba en su diario en enero, «tendremos en el norte de Italia una situación como la del EAM/ELAS». A diferencia de Grecia, sin embargo, los británicos y los estadounidenses tenían una presencia militar indiscutible en la península en el momento en el que la Resistencia liberó con brillantez las principales ciudades del norte aquel abril.

El mes siguiente, las fuerzas británicas que avanzaron desde Italia hacia el sur de Austria asumieron la responsabilidad sobre varios cientos de miles de soldados enemigos rendidos, civiles acompañantes y refugiados. Entre ellos se encontraban unidades de la Wehrmacht y de las SS formadas por cosacos y otros grupos reclutados durante la penetración alemana en el Cáucaso en 1942, incluido el 15 Cuerpo de Caballería de Cosacos de las SS, que había cometido muchas atrocidades durante la campaña en los Balcanes; emigrados rusos y otros seguidores de estas formaciones, de diversas nacionalidades; y combatientes serbios y croatas que habían servido en los regímenes marioneta de Milan Nedić y Ante Pavelić. Cuando Macmillan voló a Klagenfurt, la capital de la provincia, el 13 de mayo, aconsejó al comandante del ejército británico en la zona que procediese a repatriar los cosacos al cercano Ejército Rojo. «Entregarlos a los rusos es condenarlos a la esclavitud, la tortura y probablemente la muerte», regis-

traba en su diario. «Negarse, es ofender profundamente a los rusos, e incidentalmente incumplir el tratado de Yalta. Hemos decidido entregárselos». Yalta comprometía a los británicos a entregar los ciudadanos soviéticos, pero los primeros no cribaron sus prisioneros antes de entregarlos, y las transferencias forzosas atraparon a un número desconocido de ciudadanos no soviéticos. Algunos de los 41.000 cosacos transferidos fueron condenados a muerte por los rusos, la mayoría a penas de cárcel y campos de trabajo. Muchos de los 26.000 repatriados yugoslavos, por su parte, murieron a manos de los partisanos.

Thorpe niega que Macmillan «se excediese en el cumplimento» de Yalta, ya fuese intencionadamente o de otro modo. Se basa en la investigación privada del brigadier retirado Anthony Cowgill, efectuada a finales de la década de 1980, que refutaba la alegación hecha por el conde Nikolai Tolstoy de que Macmillan había formado parte de una conspiración. Como Cowgill, Thorpe resalta el deseo del cuartel general de las fuerzas aliadas de «limpiar las cubiertas» y disponerse para una posible ofensiva que obligase a las fuerzas de Tito a salir de la prevista zona británica en Austria y en el área en torno a Trieste. (Austria seguiría proporcionando a las potencias de la OTAN un importante nudo de comunicaciones entre Italia y Alemania Occidental). En ocasiones su defensa es un tanto exagerada. «Ninguna decisión se tomó» en presencia de Macmillan, sostiene Thorpe de manera inverosímil. «Era el mensajero que transmitía las instrucciones difíciles de aceptar»; «las cosas se hacían de otro modo en el pasado»; «la guerra siempre es un infierno para todos». Thorpe comenta que el tiempo de Macmillan como «virrey del Mediterráneo» fue creación propia, para despejar su anterior timidez y falta de gracia. Revelaba también cierta falta de clemencia.

Macmillan perdió Stockton por segunda vez cuando el Partido Laborista derrotó abrumadoramente a los *tories* en julio de 1945. Con el escaño se fue buena parte de su interés por la reorganización industrial. Ganó unas elecciones parciales de otoño representando a Bromley, circunscripción suburbana de clase media y escaño conservador seguro en las afueras de Londres, y en la oposición apoyó la revisión política de Butler que reconcilió a los conservadores, durante un tiempo, con la economía mixta y el estado del bienestar. Cuando Churchill recuperó el poder en 1951, Macmillan esperaba la cartera de Defensa y el acceso nuevamente a la escena mundial. Sin embargo, le dieron Vivienda, «algo que ya no era de su agrado», revela Thorpe. De todos modos, el cargo fue propicio, porque la construcción de viviendas era una prioridad nacional, y el superar la producción anual de los laboristas –si bien con viviendas de menor calidad– le proporcionó la atención nacional y finalmente el ascenso a carteras más importantes. Pasó a Defensa en octubre de 1954, con el encargo de supervisar el desarrollo de la bomba H británica.

El Gobierno expulsó a Churchill en abril de 1955 y Macmillan relevó a Eden en el cargo de secretario de Exteriores. Durante su permanencia, Reino Unido se excluyó de hecho de los trabajos del comité especial, pre-

sidido por el antiguo primer ministro belga Paul-Henri Spaak, que sentó las bases del Tratado de Roma. El gobierno de Eden meramente envió un funcionario del Consejo de Comercio cargado de instrucciones de reservar su posición. Thorpe reprende levemente a Eden y a Macmillan por desaprovechar la oportunidad de unirse a la CEE desde el principio en condiciones favorables— «había un insufrible aire de *hautueur* en sus actitudes generales». Tendría consecuencias funestas para el protagonista de su libro. Alan Milward, principal historiador de las negociaciones británicas con los Seis, registra que Macmillan incitó a una mayor participación en las conversaciones de Bruselas con el objetivo de obstruirlas o desviarlas; sin embargo, «no parece haber tenido ninguna idea positiva» acerca de cómo maniobrar contra el mercado común propuesto. La diplomacia británica de este periodo, comenta Milward tajantemente en *The Rise and Fall of a National Strategy* (2002), fue «carente de imaginación e inactiva». A finales del año, Eden trasladó a Macmillan al Tesoro público. Aparte de su notable contribución a la crisis de Suez, demostró ser un ministro de Hacienda ortodoxo.

Macmillan fue fundamental en el ataque anglofrancés lanzado después de que Nasser nacionalizase la Compañía del Canal de Suez, en julio de 1956: «el primero en entrar, el primero en salir», dijo Wilson. Thorpe registra que inicialmente era «incluso mucho más partidario de la intervención que Eden». Único alto cargo británico que se reunió con Eisenhower durante la crisis, Macmillan malinterpretó terriblemente a su antiguo aliado de guerra («Conozco a Ike. No intervendrá»). Keith Kyle considera que este fue «el error de juicio más grave de todos» (*Suez* [1991]). Thorpe sostiene que deseaba tomar el Canal para impedir que Nasser siguiera interrumpiendo el flujo de petróleo desde Oriente Próximo; derrocar al dirigente egipcio «habría sido una prima añadida». Finalmente, la acción militar cerró el Canal durante meses y amenazó con provocar sanciones de Naciones Unidas, respaldadas por Estados Unidos, contra Reino Unido y Francia. «¡Sanciones petrolíferas! Se acabó», exclamó Macmillan. Su cambio de actitud «fue más pragmatismo que incongruencia», sostiene inventivamente Thorpe.

Macmillan se aseguró de que el resto del Gobierno compartiese su pérdida de ánimo exagerando la huida de capitales de la libra esterlina (el antes indiferente ministro de Hacienda había olvidado tomar la precaución de proveerse del FMI o imponer controles de capitales). La verdadera situación financiera era suficientemente precaria como para permitir a Eisenhower dictar las condiciones para la ayuda económica. «Macmillan tenía contactos más estrechos con la elite política estadounidense que cualquiera de los demás políticos británicos del momento», observa Thorpe, y «comprendió que el candidato más firme [a sustituir a Eden] sería el más aceptable para Washington». En una de sus visitas diarias a la embajada estadounidense, ofreció organizar la retirada militar de Port Said y la deposición de Eden «si nos podéis dar una hoja de parra para cubrir nuestra desnudez». Su postración ante los estadounidenses contrastaba enormemente con la calculada actitud bravucona en una reunión de parlamenta-

rios conservadores celebrada el 22 de noviembre, cuando derrotó al pesimista Butler. Debió quedar claro que Macmillan era el mejor situado para negociar con Washington. El 10 de enero fue nombrado líder del partido. Thorpe ha debido de establecer un paralelismo con los acontecimientos que tuvieron lugar en París, donde el ministro de defensa de Mollet, Bourguès-Maunoury, asumió brevemente el mando en 1957. Como señalaba Kyle, «ambos aliados habían decidido para entonces abandonar el conflicto promocionando a sus principales halcones».

Thorpe ha absorbido la lección más básica de Suez: «Reino Unido ya no podía “valérselas solo”». ¿Pero con quién aliarse? «Europa será vuestra venganza», prometió Adenauer a los franceses. La clase política británica, atada a Estados Unidos por los préstamos bélicos, sacó una conclusión diferente: como declaró Churchill, «nunca debemos desmarcar el paso de los estadounidenses; nunca». Thorpe nos recuerda que «Macmillan siempre había tenido instintos atlantistas» (los griegos con los romanos, etcétera). Nos relata que «Eisenhower y Macmillan se saludaron como viejos amigos perdidos» en Bermudas en marzo de 1957. ¿Qué orgullo podía quedar? Thorpe admite que Reino Unido se vio «relegado a una posición subordinada» en el terreno de la Guerra Fría —los intentos de mediación internacional por parte de Macmillan acabaron en un ignominioso fracaso en la Cumbre de París de 1960—, pero se deja distraer fácilmente por las estrechas relaciones que el primer ministro proyectaba con Eisenhower y en especial con Kennedy. Las visitas presidenciales a la Franja Aérea 1, señala, complacían extremadamente al público nacional.

Los avances técnicos de los científicos británicos permitieron a Macmillan reiniciar la colaboración nuclear angloestadounidense en 1957. Esto ayudó a correr un velo sobre las primeras dificultades de política exterior referentes a Suez y Chipre, y puso de manifiesto las divisiones entre los laboristas respecto al desarme unilateral. Un libro blanco de defensa publicado en abril de 1957 explicaba el «traslado de recursos» hacia fuerzas no convencionales. Impertérrito ante la campaña de oposición popular organizada por la Campaign for Nuclear Disarmament (CND), la furiosa acumulación de Macmillan hizo aumentar el inventario británico de cabezas nucleares de pocas decenas a más de 300 en 1963. Con un dispositivo termonuclear y acceso a información estadounidense, Macmillan exigió ostentosamente la prohibición internacional de pruebas, para preservar el oligopolio nuclear e impedir que las dos superpotencias superasen aún más las capacidades británicas. Ocultó los detalles sobre el incendio en uno de los reactores de Windscale que producía plutonio enriquecido para armamento desde 1951. Sigue considerado como uno de los peores accidentes nucleares del mundo. Thorpe concluye de manera poco convincente que hizo «a todos sentirse muy concienciados de la seguridad».

En 1960, los estadounidenses exigieron fondeadero protegido para sus submarinos Polaris en una ensenada escocesa, cerca de Glasgow, a cambio de conceder a Macmillan el sistema de misiles Skybolt, tras el fracaso

del Blue Streak británico. Alistair Horne citaba una carta enviada por Macmillan en junio a Eisenhower, rogándole que aceptase a cambio una base en las Highlands:

Ciertamente sería un error situar algo que sería un importante objetivo nuclear tan cerca de la tercera ciudad de este país, y la más superpoblada. Tan pronto como se hiciese el anuncio, Malinovsky amenazaría con apuntar sus cohetes hacia Glasgow.

Macmillan capituló. Entonces, en diciembre de 1962, cuando los estadounidenses se preparaban unilateralmente para abandonar el Skybolt, rogó con éxito a Kennedy que le concediese a cambio misiles Polaris. Thorpe no se para a examinar la quebradiza fachada de la disuasión nuclear «independiente» de Macmillan. A comienzos del nuevo año, De Gaulle bloqueó su solicitud de entrada al Mercado Común. Thorpe niega que la culpa fuese del acuerdo Polaris, pero tiene que reconocer las consecuencias de la dependencia del lazo trasatlántico: el presidente francés «temía que Reino Unido fuese un “caballo de Troya” estadounidense dentro de la CEE».

El 13 de julio de 1959, Macmillan meditaba qué hacer con las conclusiones de la investigación de sir Patrick Devlin, juez del Tribunal Supremo, sobre el estado de emergencia declarado por el gobernador británico en Niasalandia. Devlin comentaba astutamente que «Niasalandia es –sin duda temporalmente– un estado policial». El grupo de presión de colonos blancos en el partido parlamentario conservador no toleraría tales críticas, y tampoco Macmillan, que en su diario tachaba a Devlin de «feniano», «católico encubierto» y «chepudo». El Gobierno rechazó como es lógico su informe. Las autoridades coloniales habían detenido a los líderes nacionalistas africanos y matado a 20 manifestantes en Bahía Nkhata el mismo día de la masacre del campo de Hola en Kenia, escenario de una brutal operación contrainsurgente desde 1952. Thorpe despliega la habitual disculpa occidental para el uso de una fuerza militar abrumadora por parte de una potencia ocupante: «hubo derramamiento de sangre por ambas partes». Insiste en que «la retirada del imperio [...] se gestionó de manera tan humana como cualquier otra retirada de ese tipo en la historia». En Kenia, los británicos ahorcaron a 1.090 personas acusadas de ser rebeldes Mau Mau, más que las ejecuciones francesas en Argelia. También detuvieron a decenas de miles de kikuyus. Los 11 detenidos apaleados hasta la muerte en el campo de «rehabilitación» de Hola estaban siendo obligados a trabajar en un plan de regadío. Thorpe dice meramente que los apaleamientos se produjeron «durante una revuelta» y afirma a continuación que la política gubernamental de trabajos forzados «había dado buenos resultados». Sostiene que el campo de Hola «reafirmó [a Macmillan] en su creencia de que los antiguos modos de gobernar en África ya no eran sostenibles». Ciertamente, la descolonización de Francia y Bélgica había dejado rezagado a Reino Unido. Los funcionarios del interdepartamental Comité de África advirtieron a mediados de 1959 que los británicos corrían el riesgo de ser «clasificados, junto con los portugueses, como obstáculos para el avance».

Este fue el contexto en el que Macmillan invocó los «vientos de cambio» en Ciudad del Cabo a comienzos de 1960.

La colonia con la que Macmillan estuvo más estrechamente asociado, desde sus tiempos de secretario de Asuntos Exteriores, fue Chipre, punto de partida del ataque aéreo contra Egipto durante la crisis de Suez. Él es de hecho más culpable que cualquier otro político de los irresolubles problemas que los británicos dejaron tras de sí. «Chipre es *mi* plan», anotaba Macmillan en junio de 1955, estableciendo un contraste con el plan de Oriente Próximo, el Plan Alfa, «heredado» de Eden. Su idea era involucrar a Turquía en los asuntos de la isla, dando más peso a la comunidad turco-chipriota, por sí sola demasiado pequeña como para contrarrestar las exigencias de los greco-chipriotas, cuatro quintas partes de la población, de unirse a Grecia. Ankara se uniría a Londres y Atenas en un «tridominio» asesor, bloqueando el camino hacia la *Enosis*. El callejón sin salida resultante, tanto en el plano comunitario como en el internacional, ofreció la mejor garantía para el mantenimiento del control británico. Macmillan podía posar como árbitro neutral en un choque étnico, un «honrado mediador» disraeliano entre dos países rivales. Convocó una conferencia a tres bandas en Londres a finales de agosto de 1955, advirtiéndole al embajador británico en Ankara de que «cuanto más firme sea la posición de los turcos al comienzo, mejor será para nosotros y para ellos». Mientras las conversaciones se perdían en disquisiciones, la policía secreta turca tomó la iniciativa y lanzó pogromos antigriegos en Estambul y en otras partes del país. Macmillan «no se molestó excesivamente en captar» la utilidad del estallido, y emitió «una nota de desaprobación claramente blanda», comenta Robert Holland en *Britain and the Revolt in Cyprus* (1998). En la clausura de la conferencia dio garantías, redactadas de antemano con la delegación turca, de que el Gobierno de su Majestad «no aceptaba la aplicabilidad universal del principio de autodeterminación». El gobernador británico en Chipre advirtió que la «solución» de Macmillan no disminuiría la violencia sobre el terreno, sino que la aumentaría. Macmillan pidió a Eden que lo destituyese. Su lugar lo ocupó el mariscal de campo sir John Harding, jefe del Imperial General Staff, el estado mayor general del Imperio. Los británicos necesitaban una considerable fuerza militar para someter la isla, y confiaron cada vez más en la ayuda de auxiliares turco-chipriotas.

Cuando Macmillan se convirtió en primer ministro, jugó con la idea de la partición. «No estoy convencido de que necesitemos más que un aeródromo, bien sea como arrendamiento de larga duración o en soberanía (como Gibraltar)», escribía en su diario el 15 de marzo de 1957. «Después, los turcos y los griegos pueden dividirse el resto de la isla entre ellos». Lo que perseguía de hecho, narrado por Holland, era modificar la versión de su plan de «alianza» entre la troica, invitando a Ankara a nombrar un representante que asesorase a las autoridades británicas en Nicosia. A los turco-chipriotas les prometieron una asamblea comunitaria y el reconocimiento formal de sus municipios separados de hecho, «lo que podríamos llamar una “prepartición” a solicitud de los turcos», comentaba la Oficina Colonial. Involucrar al gobierno turco como medio para conservar el control

de la isla se volvió en contra cuando Menderes instigó conversaciones directas con Karamanlis en 1958. Pero el impracticable acuerdo de Zúrich, que afianzaba las divisiones de las comunidades y consolidaba las reivindicaciones de Ankara sobre el territorio, llevaba la impronta de anteriores maquinaciones de Macmillan. Asimismo, los británicos lograron mantener enclaves militares cuarenta veces más grandes que Gibraltar. Thorpe establece que la independencia en estos términos siniestros «no puso fin, por desgracia, a la vieja desconfianza entre la comunidad griega y la turca» que Macmillan había hecho mucho por atizar. Con delicadeza, deja saber que «algunos críticos consideraron que Macmillan había empeorado la situación al involucrar a los turcos». En 1963, el acuerdo se había deshecho. Por supuesto, Reino Unido aún conserva sus bases.

En el plano nacional, Thorpe ofrece un extraordinario panorama sobre el nuevo terreno de Macmillan. «En 1957, Reino Unido vivía una época casi idílica», afirma. «Había una deferencia intrínseca, con respeto a la autoridad y a la generación de políticos de la guerra [...]. La base fabril no había retrocedido aún, el desempleo no constituía un problema y los trenes aún paraban en estaciones rurales». En este pasaje estamos sólo a un tiro de piedra de la cerveza caliente y las insuperables urbanizaciones verdes de John Major. No lo admite, pero el expediente de Macmillan es negativo en los distintos indicadores que presenta. La contextualización que Thorpe hace de todo lo situado fuera de la Cámara de los Comunes o el sistema de colegios privados es, en el mejor de los casos, tosca —un gran fallo en un biógrafo—, pero logra cubrir su narración de prejuicios sociales contemporáneos. En un párrafo siniestro, escribe: «Los disturbios raciales en Notting Hill en el verano de 1958 causaron preocupación respecto a la cohesión social, y no todas las respuestas fueron de inclinación liberal». La legislación emitida por el gobierno de Macmillan en 1962 establecía restricciones de inmigración en la nueva Commonwealth. «Muchos miembros de la clase media conservadora inglesa no condenaron esta ley», concluye Thorpe en un lenguaje característicamente indeterminado.

La cuota de mercado mundial de las manufacturas británicas, ya muy mermada, se hundió del 14,7 por 100 en 1957 al 12,7 por 100 en 1961, pero el problema de la decadencia económica relativa bajo el mandato de Macmillan no penetra demasiado en esta historia. Thorpe prefiere exaltar su (fugaz) dominio de la política de la abundancia. El primero de los ministros de Hacienda que nombró Macmillan, Peter Thorneycroft, dimitió, junto con sus asistentes ministeriales Nigel Birch y Enoch Powell, en enero de 1958, después de que el Gobierno se negase a apoyar su exigencia de congelación de la liquidez en el gasto público. Dimitir por una cuestión de principios no es una acción natural en un ministro de una cartera importante en Reino Unido. Geoffrey Howe en 1990 y Robin Cook en 2003 estaban dolidos por la ignominia de la reciente degradación: no caían desde tan alto. A Thorneycroft le preocupaba que el excesivo gasto público en un mercado laboral restringido potenciase las demandas salariales. Se quejaba del «excesivo» empleo, al igual que Macmillan había hecho en

un artículo firmado en 1955. De hecho, los convenios salariales ya empezaban a subir. Pero Thorneycroft, asediado por los especuladores monetarios el verano anterior, había prometido ante el FMI en Washington proteger el valor de la libra esterlina contra cualquier intensificación de la presión inflacionista en el país. Macmillan le apoyó en un principio; en Navidad se lo había pensado mejor. Los recortes propuestos eran, confiaba en su diario, «más, me temo, de lo que es políticamente factible».

En el recuerdo thatcherista, el inescrupuloso Macmillan desaprovechó entonces la mejor oportunidad para empezar a remodelar la economía y por lo tanto evitar la estanflación y el conflicto industrial de la década de 1970. Se había «conformado con la inflación», afirmaba Powell. Thorpe, un *tory* de tipo ecuménico, admite que los detractores tienen cierta razón: «siempre hubo en Macmillan un elemento de “a cada día su afán”». Declina examinar las pretensiones de rectitud económica de Thatcher, a pesar de que sólo cubrió los costes de su racionalización industrial malgastando los ingresos obtenidos con el petróleo del mar del Norte, un dinero fácil con el que Macmillan, con todo su utilitarismo, no pudo ni soñar. Pero la propia posición de Macmillan en el asunto Thorneycroft no carecía de principios, sostiene Thorpe. El biógrafo invoca la memoria de Stockton en la época de la Depresión —uno de los temas favoritos de su personaje— para afirmar que incluso en medio de un largo auge de posguerra, el respetado primer ministro temía provocar otra recesión. De ahí que «Macmillan siempre presionase», sugiere, «a favor de la expansión».

Aunque el efecto inmediato de romper con Thorneycroft fue el de permitir a Macmillan y Heathcoat Amory impulsar la economía antes de las elecciones de 1959, Thorpe ofrece una imagen muy simplista de los «instintos expansionistas» de Macmillan. No conseguirá que Macmillan personifique sólo el argumento del «avance» en el ciclo económico y nunca el del «freno». El primer ministro había permitido a Thorneycroft, antes de la discusión por el gasto, elevar la tasa de interés bancario a su nivel más alto desde 1921 para frenar un ataque sobre la libra. Igualmente asintió a la restricción crediticia y la «congelación salarial» anunciada por Selwyn Lloyd en julio de 1961, en medio de nuevas dificultades en la balanza de pagos. Siguió así la senda ortodoxa de apoyar el interés de la City por una moneda estable, a expensas de una firme inversión industrial. Macmillan no pudo contener las consecuencias políticas de la última sacudida deflacionaria. Thorpe observa que «la opinión pública empezó a ponerse en contra del gobierno». El desempleo subió a su debido tiempo al nivel más alto desde 1947. Presionado por el capital industrial organizado y los votantes indecisos de clase media —los trabajadores del sector servicios habían aumentado a un tercio de la población activa total—, Macmillan y Lloyd hicieron un gesto al planeamiento corporativista creando un Consejo Nacional tripartito para el Desarrollo Económico. Mientras se acumulaban las derrotas en las elecciones parciales, Macmillan debilitó su propia posición cesando un tercio del Gobierno, «un deplorable error de cálculo», dice Thorpe. Ordenó a su cuarto y último ministro de Hacienda, Maudling, que estableciese un curso expansivo antes de

las siguientes elecciones («el gran tema: el plan nacional, el nuevo enfoque, expandirse o morir»). Para entonces, sin embargo, faltaban instalaciones y maquinaria que lo sostuviesen.

Un empeoramiento de sus problemas de próstata hizo que Macmillan dimitiese en el otoño de 1963. Thorpe muestra que el primer ministro sabía que su afección era benigna y sostiene que se trató de un mero pretexto. En realidad, Macmillan no había sido derrotado por una serie de escándalos internos, como a menudo se supone, sino por De Gaulle. Después de que el presidente francés vetase la entrada de Reino Unido en la CEE, a comienzos de año, «la estrategia de Macmillan quedó en ruinas. Perdido el rumbo, todo lo que entonces necesitaba era la oportunidad de hacer una salida elegante». Los ministros habían aceptado formalmente presentar la sentenciada solicitud dos días después de las perjudiciales «medidas de julio» tomadas por Lloyd en 1961. Las conversaciones se prolongaron, porque el gobierno británico pidió concesiones para el comercio de la Commonwealth, y esto dio a De Gaulle tiempo para consolidar su posición nacional. Thorpe comenta que «en retrospectiva, [Macmillan] no debía haberse detenido tanto en nimiedades, y tendría que haber aceptado sencillamente el tratado y después intentado obtener concesiones». Pero la entrada en el Mercado Común sólo se convirtió en un asunto destacado para su gobierno a medida que se disipaban otras perspectivas. «Europa sería nuestra *deus ex machina*», comenta Michael Fraser, del Conservative Research Department (el departamento de investigación conservador), citado por Thorpe:

Crearía un nuevo debate político contemporáneo con el socialismo insular; derrotaría a los liberales robándoles la ropa; nos daría algo *nuevo* después de 12-13 años; actuaría como catalizador de la modernización; nos daría un nuevo lugar bajo el sol internacional.

Los líderes conservadores, en general más cómodos en aguas atlánticas, tienden a zozobrar en las desconocidas corrientes de la política europea. Heath es una excepción obvia, mientras que Thatcher perdió la partida contra Craxi en 1985 en la conferencia intergubernamental que abrió el camino al Acta Única Europea, y después contra Andreotti en Roma en 1990, cuando el resto de Europa resolvió celebrar conferencias intergubernamentales sobre unión política además de económica y monetaria. Al volver a Londres después del último fracaso, la petulante actuación de la primera ministra en la cámara provocó la salida de Howe, seguida poco después por la de la propia Thatcher. Aunque tanto en el fin de Thatcher como en el de Macmillan había también factores nacionales —el Poll Tax [impuesto de capitación] en el caso de una, y Profumo en el de otro—, la simetría de sus torpes humillaciones en Europa es sorprendente. La experiencia de la política continental en tiempos de guerra proporcionó a Macmillan una guía peligrosamente poco fiable, que lo condujo a poner demasiada fe en el peso internacional de Reino Unido y en su propia capacidad de persuasión. En el norte de África había ayudado a mediar en

la alianza entre De Gaulle y Giraud, situando temporalmente a ambos a la cabeza del Comité Francés de Liberación Nacional. En la década de 1960, De Gaulle no era tan fácil de intimidar o embaucar. El veto, cuando se produjo, fue un golpe para Macmillan, que en su diario despotricó contra la «duplicidad» francesa y el comportamiento «extraordinario» y «ridículo» del General. «Si había una objeción de principios, desde luego, deberían habérmelo dicho desde el comienzo», se quejaba públicamente en Liverpool, una semana después de la fatal conferencia de prensa en el Elíseo.

A pesar del contratiempo, a medida que avanzaba 1963 Macmillan decidió permanecer en el cargo tras las siguientes elecciones. Su gobierno capeó el escándalo sexual y de seguridad de Profumo y en julio recibió un empuje gracias a la firma del Tratado de Prohibición Parcial de Pruebas Nucleares. Thorpe no explica adecuadamente por qué una enfermedad repentina pero tratable rompe su resolución. «En su interior», sostiene, «sabía que había terminado su tiempo». Si es así, pronto cambió de idea. Probablemente Macmillan ocupó el poder durante más tiempo seguido que ningún otro primer ministro británico en las seis décadas transcurridas entre Asquith y Thatcher, pero en los siguientes 23 años deseó volver a la política. Antes de las elecciones de febrero de 1974, convocadas por Heath como respuesta a la huelga de mineros, Macmillan le comentó a Michael Fraser que, «si las cosas iban rematadamente mal», tal vez se uniese «a un pequeño grupo de estadistas de más edad, bastante imparciales, para asesorar a la Reina en caso de que hubiese que buscar un Gobierno Nacional fuera del sistema normal de partidos». En 1976 pedía públicamente un gobierno de unidad nacional. En contraste con su tolerancia de esos planes, Thorpe reprocha a Macmillan la crítica idiomática al programa privatizador de Thatcher en 1984: «Primero desaparece la plata georgiana: Después todos esos hermosos muebles que había en el salón. Finalmente desaparecen los canalettos». Thorpe sostiene indirectamente que

la familia no estaba vendiendo y perdiendo la plata familiar (un activo en decadencia, no en apreciación, en aquel momento), sino que la estaba transfiriendo a otra rama de la familia y salvándola [...]. No era una venta de activos, sino una transferencia.

Podríamos decir que invierte el veredicto de Orwell: si Inglaterra es una familia, para Thorpe siempre ejercen el control los miembros adecuados. El trato comprensivo que da a Eden, Home y ahora Macmillan sólo deja a Clement Attlee y al *Grand Old Man* (Winston Churchill), para compartir la culpabilidad por la decadencia del país a mediados de siglo. Ciertamente, hay bastantes culpas que repartir.

El modernizador *tory* Iain Macleod acusó memorablemente a un «círculo mágico» de antiguos etonianos, incluido Macmillan, de conspirar para obstruir la candidatura de Butler en la lucha por la sucesión de 1963. Thorpe lo rechaza, sosteniendo que Macmillan consultó escrupulosamente con su partido, aunque «guio» a los parlamentarios, en buena medida insertando

una pregunta que recababa opiniones acerca de quien finalmente ganó, el conde de Home. «Era muy improbable que Butler saliera elegido», declara Thorpe, y los estadounidenses vetaron a lord Hailsham, con quien se habían enfrentado en las negociaciones para la prohibición de pruebas nucleares. Ormsby-Gore llamó desde Washington para advertir que una victoria de Hailsham «sería un tremendo golpe contra las relaciones angloestadounidenses y pondría fin de hecho a la relación especial». Anthony Sampson sostenía que «es típico del estilo de gobierno de Macmillan el que dejase el país, por primera vez en el siglo xx [al menos desde Salisbury en 1902] con un primer ministro de la Cámara de los Lores». Home renunció a su título nobiliario para convertirse en el llano y ordinario Honorabilísimo Sir Alexander Frederick Douglas-Home, Caballero de la Antiquísima y Nobilísima Orden del Cardo.

Macmillan redactó un memorando para la Reina elogiando a Home, «claramente un hombre que representa lo mejor de la vieja clase gobernante». Sobreestimó terriblemente la legitimidad contemporánea de dicha clase. En los términos de Thorpe, «la desaparición de Macmillan marcó el momento en el que ya no era aconsejable ni rentable para los etonianos llevar la corbata de su antiguo colegio». Home era a todas luces aún más arcaico que la dilapidada base industrial del país, y extremadamente vulnerable a las duras críticas de Wilson contra la gestión económica conservadora. Con su entusiasmo por el florecimiento tardío del gobierno aristocrático, Macmillan lo mató inadvertidamente. En 1965, los golpeados *tories* reaccionaron votando bajo un nuevo sistema a un político con unas características de clase diferentes. Thorpe edulcora la píldora del fracaso de Home comentando que Macmillan tuvo, al menos, «la satisfacción de ver a uno de sus protegidos, un hombre de Balliol, liderando el partido». Heath, en un periodo anterior principal negociador de Macmillan ante los Seis, superó a su mecenas introduciendo el capitalismo británico en la CEE al morir De Gaulle, en 1970.

La línea de líderes conservadores pequeñoburgueses inaugurada por Heath desapareció tras la implosión del partido con Major, otra víctima de la integración europea. El actual primer ministro –educado en Eton, hijo de un agente bursátil y yerno de un baronet– tiene un perfil de clase similar al de Macmillan, pero su currículum podría indicar un cambio fundamental en las condiciones políticas. Como su homólogo laborista es un *apparatchik* rápidamente promocionado, que llega al Comité Central Conservador directamente desde Oxford. La torpe actuación de Cameron en las negociaciones de diciembre de 2011 sobre el pacto fiscal de Merkel sigue la mejor tradición de su partido. Europa es uno de los pocos puntos de discusión verdaderos dentro de la coalición de Westminster. Con suerte, se cobrará otro cuero cabelludo británico.